

[Política británica]

Federico Engels

7 de abril de 1853

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “[Extracts from the New York Tribune on the Crimean War](#)”, en [Articles by Marx in New York Daily Tribune](#), MIA. Consultado el 21 de agosto de 2024. Publicado en *New York Tribune*, 7 abril de 1853)

El Príncipe Mentschikoff, después de pasar revista a las fuerzas rusas estacionadas en los Principados del Danubio, y después de una inspección del ejército y la flota en Sebastopol, donde hizo que se ejecutaran maniobras de embarque y desembarque de tropas revistadas por él en persona, entró en Constantinopla el 28 de febrero al estilo teatral, asistido por un séquito de doce personas, incluyendo el Almirante de la Escuadra Rusa en el mar Negro, un general de división, y varios oficiales del estado mayor, con el conde Nesselrode, hijo, como secretario de la embajada. Fue recibido por los habitantes griegos y rusos como si se tratara del zar ortodoxo en persona que entraba en Tarigrad para restaurar la verdadera fe. La noticia de que el príncipe Mentschikoff, no satisfecho con la destitución de Fuad Effendi, había exigido que el sultán abandonara en manos del emperador de Rusia no sólo la protección de todos los cristianos de Turquía, sino también el derecho de nombrar al patriarca griego, causó una enorme sensación aquí y en París; que el sultán había apelado a la protección de Inglaterra y Francia; que el coronel Rose, enviado británico, había enviado a toda prisa a Malta el vapor *Wasp* para solicitar la presencia inmediata de la flota inglesa en el archipiélago, y que buques rusos habían fondeado en Kili, cerca del Bósforo. El *Moniteur* de París nos informa de que la escuadra francesa de Tolón ha recibido órdenes de dirigirse a aguas griegas. El almirante Dundas, sin embargo, sigue en Malta. De todo esto se desprende que la cuestión de Oriente vuelve a estar al *ordre du jour* europeo, hecho nada sorprendente para quienes conocen la historia.

Cada vez que el huracán revolucionario se calma durante unos momentos, aparece una cuestión siempre recurrente: la sempiterna *cuestión oriental*. Así, cuando las tormentas de la primera Revolución Francesa habían pasado, y Napoleón y Alejandro de Rusia se habían repartido, tras la Paz de Tilsit, toda la Europa continental, Alejandro aprovechó la calma momentánea para introducir un ejército en Turquía y “dar un empujón” a las fuerzas que estaban desintegrando, desde dentro, aquel imperio en decadencia. Una vez más, apenas sofocados los movimientos revolucionarios de Europa occidental por los congresos de Laibach y Verona, el sucesor de Alejandro, Nicolás, se lanzó de nuevo sobre Turquía. Cuando, unos años más tarde, la revolución de julio, con sus insurrecciones concomitantes en Polonia, Italia, Bélgica, había tenido su turno, y Europa, tal como fue remodelada en 1831, parecía fuera del alcance de las borrascas domésticas, la cuestión de oriente en 1840 parecía a punto de embrollar a las grandes potencias en una guerra general. Y ahora, cuando la miopía de los pigmeos gobernantes se enorgullece de haber liberado con éxito a Europa de los peligros de la anarquía y la revolución, vuelve a surgir el eterno tema, la sempiterna dificultad: ¿Qué hacemos con Turquía?

Turquía es la llaga viva de la legitimidad europea. La impotencia del gobierno legítimo y monárquico, desde la primera Revolución Francesa, se ha resumido en un axioma: mantener el *statu quo*. Un *testimonium paupertatis*, un reconocimiento de la incompetencia universal de los poderes gobernantes, para cualquier propósito de progreso

o civilización, se ve en este acuerdo universal de atenerse a las cosas como por casualidad o accidente. Napoleón podía disponer de todo un continente en un momento; sí, y disponer de él, también, de una manera que mostraba tanto genio como firmeza de propósito. Toda la “sabiduría colectiva” de la legitimidad europea, reunida en el Congreso de Viena, tardó un par de años en hacer el mismo trabajo; se peleó por ello, lo convirtió en un lío muy triste, y lo encontró tan terriblemente aburrido que desde entonces se han hartado de ello, y nunca han vuelto a intentar repartirse Europa. Mirmidones de la mediocridad, como los llama Beranger; sin conocimiento histórico ni visión de los hechos, sin ideas, sin iniciativa, adoran el *statu quo* que ellos mismos han remendado, sabiendo lo chapucero y torpe que es tal situación.

Pero Turquía no permanece inmóvil más que el resto del mundo; y justo cuando el partido reaccionario ha logrado restaurar en la Europa civilizada lo que ellos consideran el *statu quo ante*, se percibe que entretanto el *statu quo* en Turquía se ha alterado mucho; que han surgido nuevas cuestiones, nuevas relaciones, nuevos intereses, y que los pobres diplomáticos tienen que empezar de nuevo donde fueron interrumpidos por un terremoto general unos ocho o diez años antes. ¡Mantener el *statu quo* en Turquía! Es como intentar mantener el grado exacto de putrefacción al que ha llegado el cadáver de un caballo muerto en un momento dado, antes de que la disolución sea completa. Turquía sigue descomponiéndose, y seguirá descomponiéndose mientras continúe el actual sistema de “equilibrio de poder” y mantenimiento del *statu quo*; y a pesar de congresos, protocolos y ultimátums, producirá su cuota anual de dificultades diplomáticas y disputas internacionales, del mismo modo que cualquier otro cuerpo pútrido suministrará al vecindario la debida ración de hidrógeno carburado y otras materias gaseosas bien perfumadas.

Examinemos la cuestión de una vez. Turquía consta de tres partes completamente distintas: los principados vasallos de África, a saber, Egipto y Túnez; la Turquía asiática; y la Turquía europea. Las posesiones africanas, de las cuales sólo Egipto puede considerarse realmente sometido al sultán, pueden dejarse por el momento fuera de la cuestión. Egipto pertenece más a los ingleses que a cualquier otro, y necesariamente formará parte de cualquier futura partición de Turquía. La Turquía asiática es el verdadero asiento de cualquier fuerza que haya en el imperio; Asia Menor y Armenia, durante cuatrocientos años la principal morada de los turcos, forman el terreno reservado del que se han extraído los ejércitos turcos, desde los que amenazaron las murallas de Viena, hasta los que se dispersaron ante las no muy hábiles maniobras de Diebitsch en Kulewtscha. Turquía en Asia, aunque densamente poblada, forma todavía una masa demasiado compacta de fanatismo musulmán y nacionalidad turca para invitar en la actualidad a cualquier intento de conquista; y, de hecho, siempre que se plantea la *cuestión de oriente*, las únicas porciones de este territorio que se toman en consideración son Palestina y los valles cristianos del Líbano.

El verdadero punto en cuestión es siempre Turquía en Europa, la gran península al sur del Save y del Danubio. Este espléndido territorio tiene la desgracia de estar habitado por un conglomerado de diferentes razas y nacionalidades, de las cuales es difícil decir cuál es la menos apta para el progreso y la civilización. Eslavos, griegos, valacos, arnautas, doce millones de hombres, están todos sometidos a un millón de turcos, y hasta hace poco parecía dudoso que, de todas estas razas diferentes, los turcos no fueran los más competentes para ostentar la supremacía que, en una población tan mezclada, no podía sino corresponder a una de estas nacionalidades. Pero cuando vemos cuán lamentablemente han fracasado todos los intentos de civilización por parte de la autoridad turca: cómo el fanatismo del Islam, apoyado principalmente por la turba turca en unas pocas grandes ciudades, se ha valido de la ayuda de Austria y Rusia invariablemente para

recuperar el poder y anular cualquier progreso que pudiera haberse hecho; cuando vemos la autoridad central, es decir, turca, debilitada año tras año por insurrecciones en las provincias cristianas, ninguna de las cuales, gracias a la debilidad de la Puerta y a la intervención de los estados vecinos, nunca es completamente infructuosa; Cuando veamos a Grecia adquirir su independencia, a partes de Armenia conquistadas por Rusia, a Moldavia, Valaquia, Serbia, sucesivamente colocadas bajo el protectorado de esta última potencia, nos veremos obligados a admitir que la presencia de los turcos en Europa es un verdadero obstáculo para el desarrollo de los recursos de la península tracio-ilírica.

Difícilmente podemos calificar a los turcos de *clase dominante* de Turquía, porque las relaciones de las diferentes clases de la sociedad están tan mezcladas como las de las diversas razas. El turco es, según las localidades y las circunstancias, obrero, agricultor, pequeño agricultor libre, comerciante, terrateniente feudal en la etapa más baja y bárbara del feudalismo, funcionario civil o soldado; pero en todas estas diferentes posiciones sociales pertenece al credo y a la nación privilegiados: sólo él tiene derecho a llevar armas, y el cristiano más elevado tiene que ceder el paso al musulmán más bajo con el que se encuentre. En Bosnia-Herzegovina, la nobleza, de ascendencia eslava, se ha pasado al islam, mientras que la masa del pueblo sigue siendo rayah, es decir, cristiana. En esta provincia, pues, el credo dominante y la clase dominante se identifican, ya que, por supuesto, el bosnio musulmán está al mismo nivel que su correligionario de ascendencia turca.

El principal poder de la población turca en Europa, independientemente de la reserva siempre dispuesta a ser extraída de Asia, reside en las multitudes de Constantinopla y algunas otras grandes ciudades. Es esencialmente turca, y aunque encuentra su principal medio de vida haciendo trabajos para capitalistas cristianos, mantiene con gran celo la superioridad imaginaria y la impunidad real para los excesos que los privilegios del islam le confieren en comparación con los cristianos. Es bien sabido que en cada golpe de estado importante hay que ganarse a esta chusma a base de sobornos y halagos. Sólo esta turba, con la excepción de algunos distritos colonizados, ofrece una masa compacta e imponente de población turca en Europa. Y ciertamente habrá, tarde o temprano, una necesidad absoluta de liberar a una de las mejores partes de este continente del gobierno de una gentuza, comparada con la turba de la Roma Imperial, que era una asamblea de sabios y héroes.

Entre las demás nacionalidades, podemos citar en pocas palabras a los arnautas, un robusto pueblo aborigen de las montañas, que habita el país que se inclina hacia el Adriático y habla una lengua propia que, sin embargo, parece pertenecer al gran tronco indoeuropeo. Son en parte greco-cristianos, en parte musulmanes y, según todo lo que sabemos de ellos, todavía muy poco preparados para la civilización. Sus hábitos depredadores obligarán a cualquier gobierno vecino a mantenerlos en estrecha sujeción militar, hasta que el progreso industrial en los distritos circundantes les encuentre empleo como leñadores y aguadores; lo mismo que ha sucedido con los gallegos en España, y con los habitantes de los distritos montañosos en general.

Los valacos o dacio-romanos, los principales habitantes del distrito entre el bajo Danubio y el Dniéster, son una población muy mezclada, que pertenece a la Iglesia Griega y habla una lengua derivada del latín, y en muchos aspectos no muy diferente del italiano. Los de Transilvania y Bukovina pertenecen al imperio austriaco, los de Besarabia al ruso; los de Moldavia y Valaquia, los dos únicos principados donde la raza dacio-romana ha adquirido existencia política, tienen príncipes propios, bajo la soberanía nominal de la Puerta y el dominio real de Rusia. De los valacos de Transilvania oímos hablar mucho durante la guerra de Hungría; hasta entonces oprimidos por el feudalismo de los terratenientes húngaros que, según el sistema austriaco, eran al mismo tiempo los

instrumentos de todas las exacciones gubernamentales, esta masa embrutecida fue, al igual que los siervos rutenos de Galitzia en 1846, conquistada por las promesas y sobornos austriacos, y comenzó esa guerra de devastación que ha convertido Transilvania en un desierto. Los dacio-romanos de los principados turcos tienen al menos una nobleza nativa e instituciones políticas; y a pesar de todos los esfuerzos de Rusia, el espíritu revolucionario ha penetrado entre ellos, como bien demostró la insurrección de 1848. Difícilmente puede dudarse de que las exacciones y penurias que se les han infligido durante la ocupación rusa desde 1848 deben haber elevado aún más este espíritu, a pesar del vínculo de la religión común y la superstición zaropopular que hasta ahora los ha llevado a considerar al jefe imperial de la Iglesia Griega como su protector natural. Y si este es el caso, la nacionalidad valaca puede aún jugar un papel importante en la disposición final de los territorios en cuestión.

Los griegos de Turquía son en su mayoría de ascendencia eslava, pero han adoptado la lengua helénica moderna; de hecho, con la excepción de unas pocas familias nobles de Constantinopla y Trebisonda, ahora se admite generalmente que muy poca sangre helénica pura se encuentra incluso en Grecia. Los griegos, junto con los judíos, son los principales comerciantes de los puertos marítimos y de muchas ciudades del interior. También cultivan la tierra en algunos distritos. En todos los casos, ni su número, ni su compacidad, ni su espíritu de nacionalidad, les confieren peso político como nación, excepto en Tesalia y quizá en el Epiro. La influencia que ejercían algunas familias nobles griegas como dragomanes (intérpretes) en Constantinopla está disminuyendo rápidamente, ya que los turcos han sido educados en Europa y las legaciones europeas han sido provistas de agregados que hablan turco.

Llegamos ahora a la raza que forma la gran masa de la población y cuya sangre es preponderante allí donde se ha producido una mezcla de razas. De hecho, puede decirse que forma el tronco principal de la población cristiana desde la Morea hasta el Danubio, y desde el mar Negro hasta las montañas de Arnaut. Esta raza es la eslava, y más particularmente la rama de ella que se resume bajo el nombre de iliria (ilirsky), o eslava del sur (yugoslavyansky). Después de la eslava occidental (polaca y bohemia) y la eslava oriental (rusa), constituye la tercera rama de esa numerosa familia eslava que desde hace mil doscientos años ocupa el este de Europa. Estos eslavos meridionales ocupan no sólo la mayor parte de Turquía, sino también Dalmacia, Croacia, Eslavonia y el sur de Hungría. Todos hablan la misma lengua, muy parecida al ruso y, para los oídos occidentales, la más musical de todas las lenguas eslavas. Los croatas y parte de los dálmatas son católicos romanos; todos los demás pertenecen a la Iglesia Griega. Los católicos romanos utilizan el alfabeto latino, pero los seguidores de la Iglesia Griega escriben su lengua con el carácter cirílico, que también se emplea en el ruso y en el antiguo eslavo o lengua de la iglesia. Esta circunstancia, unida a la diferencia de religión, ha contribuido a retrasar cualquier desarrollo nacional que abarque todo el territorio eslavo meridional. Un hombre en Belgrado puede no ser capaz de leer un libro impreso en su propio idioma en Agram o Petch, incluso puede oponerse a tomarlo, debido al alfabeto "heterodoxo" y la ortografía utilizada en él, mientras que tendrá poca dificultad para leer y entender un libro impreso en Moscú en la lengua rusa, porque los dos idiomas, en particular en el antiguo sistema etimológico eslavo de ortografía, se parecen mucho, y porque el libro está impreso en el alfabeto "ortodoxo" (*pravoslavni*). La mayoría de los eslavos griegos ni siquiera quieren que su Biblia, liturgias y libros de oraciones se impriman en su propio país, porque están convencidos de que hay una peculiar corrección, ortodoxia y olor a santidad en todo lo que se imprime en la santa Moscú o en la imprenta imperial de San Petersburgo. A pesar de todos los esfuerzos panslavistas de los entusiastas de Agram y Praga, el serbio, el búlgaro, el bosnio Rahya, el campesino eslavo de Macedonia y Tracia, tiene más simpatía

nacional, más puntos de contacto, más medios de relación intelectual con el ruso que con el católico romano eslavo del sur que habla el mismo idioma. Pase lo que pase, espera de San Petersburgo la llegada del Mesías que le libraré de todo mal; y si llama a Constantinopla su Tsarigrad, o Ciudad Imperial, es tanto en previsión de que el zar ortodoxo venga del norte y entre en ella para restaurar la verdadera fe, como en recuerdo del zar ortodoxo que la poseía antes de que los turcos invadieran la ciudad.

Sometida en la mayor parte de Turquía al dominio directo de los turcos, pero bajo autoridades locales de su propia elección, en parte (en Bosnia) convertida a la fe del conquistador, la raza eslava ha mantenido o conquistado en ese país la existencia política en dos lugares. El primero es Serbia, el valle del Morava, una provincia con fronteras naturales bien definidas, que desempeñó un papel importante en la historia de estas regiones hace seiscientos años. Sometida durante un tiempo por los turcos, la guerra rusa de 1809 le dio la oportunidad de obtener una existencia independiente, aunque bajo la supremacía turca. Desde entonces ha permanecido bajo la protección inmediata de Rusia. Pero, como en Moldavia y Valaquia, la existencia política ha traído nuevas necesidades y ha obligado a Serbia a incrementar sus relaciones con Europa occidental. La civilización comenzó a echar raíces, el comercio se extendió, surgieron nuevas ideas, y así encontramos en el mismo corazón y bastión de la influencia rusa, en la Serbia eslava u ortodoxa, un partido progresista antirruso (por supuesto muy modesto en sus demandas de reforma), encabezado por el exministro de finanzas, Garaschanin.

No hay duda de que, si la población greco-eslava obtuviera alguna vez el dominio en la tierra que habita, y donde constituye las tres cuartas partes de toda la población (siete millones), las mismas necesidades darían lugar a un partido progresista antirruso, cuya existencia ha sido hasta ahora la consecuencia inevitable de que una parte de ella se haya separado de Turquía.

En Montenegro no tenemos un valle fértil con ciudades relativamente grandes, sino un árido país montañoso de difícil acceso. Aquí se ha establecido un grupo de ladrones que recorren las llanuras y almacenan su botín en sus refugios de montaña. Estos caballeros románticos, pero bastante groseros, han sido durante mucho tiempo una molestia en Europa, y solamente en consonancia con la política de Rusia y Austria deben defenderse los derechos de la gente de la Montaña Negra (Tserno-Gorgi) a quemar aldeas, a sus habitantes, y llevarse el ganado.

Edicions Internacionals Sedov
Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los
Comunistas y I Internacional.



germinal_1917@yahoo.es